

PROCESO URBANO Y DINAMICAS EN EL REINO DE LA REUTILIZACION: TACORA

Eliana Otta Vildoso

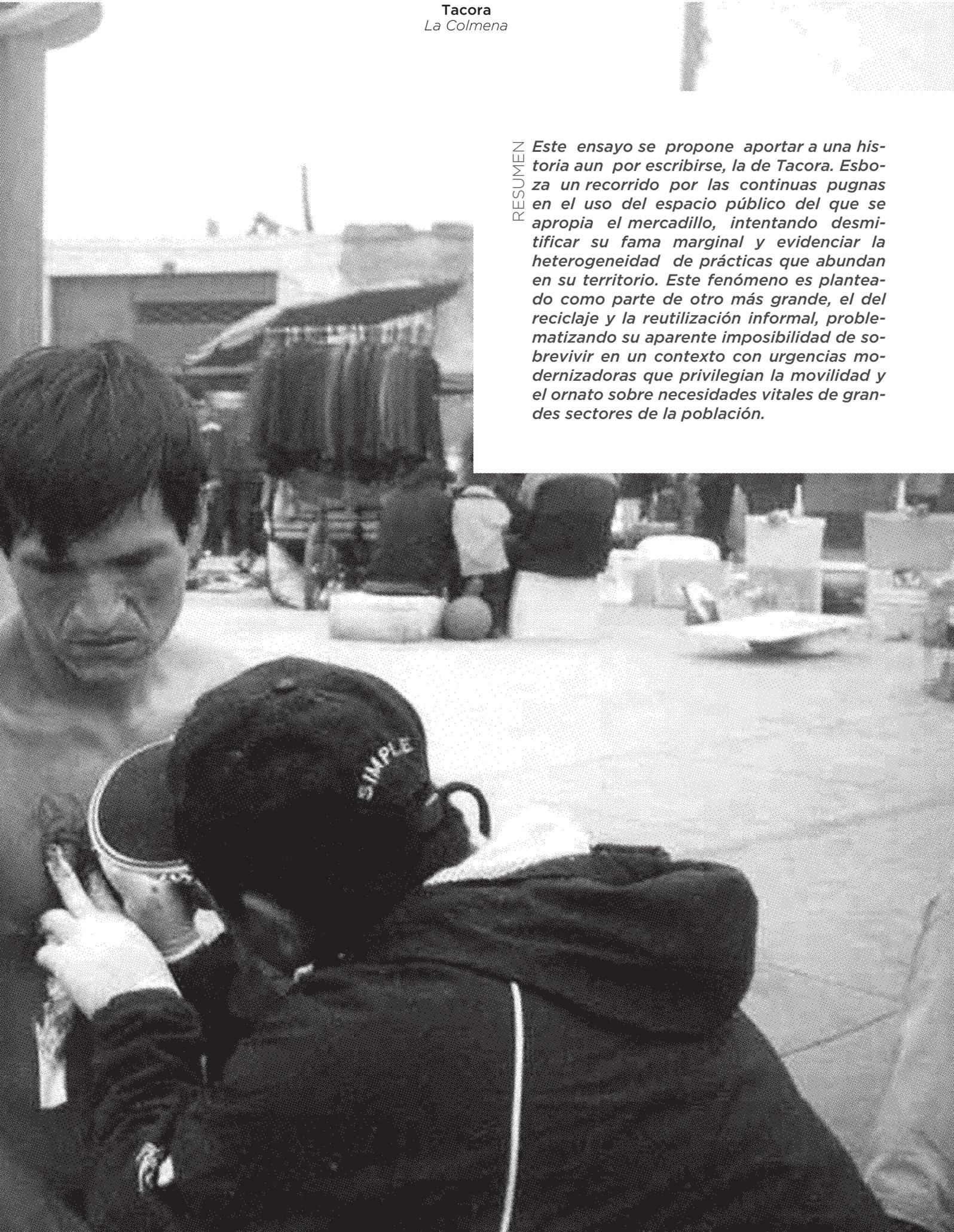
Licenciada de la Facultad
de Arte- PUCP

Palabras clave: *Espacio público,
territorialidad, marginalización, renovación
urbana*

¹A partir de un texto escrito para el curso
Gestión y Planificación de la Ciudad,
dictado por Pablo Vega Centeno.
Mejorado gracias a sus comentarios, los
de Colmena y los de Carmen Vildoso.

RESUMEN

Este ensayo se propone aportar a una historia aun por escribirse, la de Tacora. Esboza un recorrido por las continuas pugnas en el uso del espacio público del que se apropia el mercadillo, intentando desmitificar su fama marginal y evidenciar la heterogeneidad de prácticas que abundan en su territorio. Este fenómeno es planteado como parte de otro más grande, el del reciclaje y la reutilización informal, problematizando su aparente imposibilidad de sobrevivir en un contexto con urgencias modernizadoras que privilegian la movilidad y el ornato sobre necesidades vitales de grandes sectores de la población.



Leyendas urbanas y una tradicional marginalidad

El longevo mercado de Tacora está posicionado en el imaginario colectivo como un lugar muy peligroso, aunque no necesariamente haya sido visitado por quienes difunden esta percepción. A pesar de que aun refugie delincuentes. La criminalidad ha disminuido a medida que se realizó el despeje de la Av. Aviación para el transporte público, fue aumentando la presencia policial y tranquilizando el ambiente. Pero las décadas en que los vendedores y recicladores convivieron con la ilegalidad no pasaron en vano, y su fama sigue presentando como ilícitas operaciones vinculadas a una informalidad generalizada en nuestro contexto, más que a delitos comprobables.

La actividad delictiva caracterizó el entorno desde sus inicios, al ubicarse en un efervescente circuito comercial.² Es preciso aclarar que aunque Tacora es asumida como parte de La Victoria por su articulación con Gamarra y La Parada, pertenece al Cercado de Lima, lo que sería una primera tarea necesaria para pensar su territorio. Por ejemplo, la Encuesta de Victimización³ del 2012, que registra un descenso en la percepción de inseguridad en la Victo-

ria, explica de este modo que el problema continúa: “(...) debido a las zonas de aglomeración urbana y de comercio mayorista en este distrito como Gamarra, avenida Aviación, La Parada, Tacora, avenida Grau, Plaza Manco Cápac, avenida Iquitos, etc.”⁴

La segunda y más importante labor de desmitificación, sería visibilizar la abundancia de actividades económicas que abundan en el lugar, sobrepasando largamente aquellas vinculadas a la ilegalidad y la violencia. Si bien es difícil trazar fronteras claras entre lo legal y lo que no lo es en un espacio insuficientemente analizado como este, y aunque no existen cifras oficiales sobre el porcentaje de productos robados en venta, un paseo por sus calles evidencia que son minoría. Mucho de su aura de criminalidad proviene de representaciones difundidas desde los medios de comunicación, que periódicamente necesitan material para notas sobre los excluidos de la sociedad: los espacios y personajes que fascinan por su miseria.

Los medios son responsables fundamentales en la construcción de nuestros imaginarios sobre la ciudad. Explorar su cobertura del fenómeno muestra por un lado su énfasis en la peligrosidad del mercado y por el

² Está pendiente una investigación capaz de datar el inicio del mercado. No hay bibliografía especializada al respecto, normalmente se le menciona de refilón en estudios sobre Gamarra. Los periódicos mencionan actividad comercial en la zona desde los 40s.

³ http://www.ciudadnuestra.org/facipub/upload/cont/3222/cont/files/encuesta_victimizacion_2012_cn_2.pdf Fecha de consulta: 26/08/14.

⁴ <http://www.podermunicipalregional.com/lima-sigue-a-merced-del-delito.html> Fecha de consulta: 4/12/13.

otro, la representación de sus vendedores como personajes excepcionales, “ingeniosos” o “nostálgicos”: freaks suspendidos fuera del ritmo de la modernidad. Casi nunca se les muestra relacionados a sus clientes o a otros agentes que los vinculan al entramado complejo de las dinámicas económicas en la ciudad. En la web encontramos un reportaje reciente que resalta lo pintoresco del lugar, y aunque su contenido no es peyorativo, el titular sentencia que “Con más de cincuenta años de antigüedad, en este mercado se comercia de todo y, sobretodo, con lo ‘ajeno’.⁵ La República describe así su resurgimiento en el 2012: “Los ‘chatarros’ de la avenida Aviación se han reacomodado en la urbanización Manzanilla para atemorizar a unas 1,500 familias.”⁶ Su redactora prescinde de la característica moderación del diario para subtitular:

1. “Nadie que aprecie su vida desea pasar por estas calles donde honestos recicladores y el hampa mezclan sus he-dores y mañas. Los valientes que llegan a la zona tienen que estar con los ojos bien abiertos.

2. La bienvenida al barrio la dan los ‘descuartizadores’.” Aunque se menciona la honestidad de los recicladores, su descripción del contexto ahuyentaría a cualquier curioso, promoviendo su estigmatización.

Esta percepción se debe también a que quienes trabajan en Tacora están en contacto directo con los desperdicios de la ciudad, con sus desechos. Es sintomático cómo las representaciones sobre la suciedad y la basura son trasladadas a grupos sociales por ciertos discursos que consideran áreas y poblaciones enteras como desechables o sobrantes, como excedentes sin un lugar dentro de la cadena productiva y la idea de ciudad deseable. Esto es preocupante pues los sentimientos de marginalización pueden “ayudar a que crezca la sensación y, más tarde, la convicción de “estar de más”, de sobrar.” (Sabatini, 2003, 20) Por eso es necesario recordar que lo peligroso, lo desagradable y lo fuera de lugar se definen cultural y contextualmente, así como que las definiciones son más rigurosas e inflexibles cuando las identidades están en riesgo. Entonces se suprimen o distorsionan impulsos ambiguos y rasgos marginales para fortale-

cer la frontera en peligro. (Lynch, 2005) Al consensuarse su existencia y difundirse mediáticamente, la marginalidad ejerce el rol de afuera constitutivo mediante su aparente incapacidad de integrarse, permitiendo construir y sostener una fantasía de estabilidad y progreso: un precario marco de referencia regulador para las ansias de globalización y contemporaneidad de la capital del Perú.

Aceptando que el acuerdo social sobre lo impuro y lo contaminante nos ayuda a pautear nuestro mundo, debemos preguntarnos qué es lo que se intenta proteger al estigmatizar zonas y actividades específicas en nuestra ciudad. ¿Se pretende negar que parte de la población necesita trabajar y reutilizar lo que otra parte considera basura?

Al mitificar Tacora y exotizar a sus trabajadores, no sólo se les homogeniza como un ente amenazante aislado de la sociedad, sino que se ocultan sus vínculos con otros agentes económicos, negándoseles posibilidades de transformación y adaptabilidad. A continuación ampliaré la información disponible sobre Tacora, para intentar abrir la discusión al respecto y contribuir a aminorar la segregación subjetiva persistente.

⁵ <http://www.panamericana.pe/elpanamericano/locales/112045-tacora-recorra-grande-mercado-objetos-usados> Fecha de consulta: 26/08/14.

⁶ <http://www.larepublica.pe/31-01-2007/el-mundo-de-la-nueva-tacora> Fecha de consulta: 26/08/14. (El subrayado es mío)

Descripción y usos del territorio

Tacora está muy cerca de la Carretera Central, en la intersección de las avenidas Grau y Aviación. Al colindar con Gamarra, el Mercado Minorista y el ex Mercado Mayorista (La Parada) es fácil creer que está en La Victoria, aunque pertenece al Cercado. Hoy funciona en su perímetro la estación Grau del Tren Eléctrico, y se proyecta construir el Parque del Migrante, luego de la mudanza del Mercado Mayorista a Santa Anita.

Sus dinámicas características posicionan la zona como el Reino de la Reutilización, y elijo esta palabra pues abarca tanto el reuso (“utilización de materiales previamente desechados sin que medie un nuevo proceso de producción”) como el reciclaje (“material desechado que ingresa como insumo a un nuevo proceso de producción”) (Riofrío y Callirgos, 1994, 27) Para ingresar a este mundo, es preciso distinguir entre basura y desecho, reconociendo que si bien sus diferencias dependen de contextos específicos, los desechos conservan un grado de utilidad potencial que puede ser aprovechado una vez agotadas sus posibilidades primarias de uso: desechamos lo que dejó de cumplir la función que nos interesaba, pero eso no quiere decir que el mismo objeto no pueda ser de utilidad para otra persona.

Este Reino de la Reutilización ofrece una infinita variedad de productos, la mayoría recolectada por ropavejeros y rebuscadores de basura que recorren Lima diariamente. Ellos y los vendedores pertenecen a una amplia cadena conformada por quienes reconocen valor en los desechos y crean sistemas de recuperación, acopio, reuso, reciclaje y venta al margen del marco legal, sabiendo que los

desechos al recuperarse se convierten en mercancías con valor de uso y valor de cambio. (Riofrío y Callirgos, 1994)

En Tacora podemos encontrar residuos materiales de todo tipo, chatarra, artículos personales, ropa y calzado de segunda mano, productos de higiene y belleza, cassettes, discos, libros, antigüedades, muebles y tecnología en desuso: aparatos electrodomésticos, de cómputo y entretenimiento, y un interminable etc.

Además, es un espacio apropiado para muy diversos usos: reciclaje de botellas plásticas, cartones, aparatos electrónicos; trabajos en fierro y en madera; bares, puestos de comida y puestos especializados en música; oficios variados: tatuadores, peluqueros, expertos en máquinas de coser...

Considero a Tacora un receptáculo de memoria colectiva que nos invita a realizar una arqueología de los desechos, sumergiéndonos en los rastros de antiguas industrias locales (discográfica, textil, de juguetes, editorial) y en las evidencias de modas pasajeras o de fugaces fiebres tecnológicas. La posibilidad del encuentro con lo bizarro (arsenales de dentaduras postizas o una silla hecha con una pata de elefante, por ejemplo), con lo evocador (libros infantiles, anónimos álbumes de fotos o diarios íntimos) y con lo inesperado en general, hace que podamos contar con este lugar como uno de aquellos que “nos aseguran la aventura de vivir en espacios donde no todo sea rutina, sino que lo imprevisto pueda también formar parte de lo cotidiano.” (Vega Centeno, 2006, 69)

Este mercado desafía nuestras convenciones respecto del espacio público, al ser uno donde se ejerce al máximo su apropiación,

entendida como “la forma en que la población hace suyo un espacio, imprimiéndole su sello vital.” (Vega Centeno, 2006, 7) Si bien es discutible que esta apropiación interfiera con la movilidad de ciertos sectores (al inutilizar sus calles para el tránsito por lapsos determinados), debe considerarse que estos usos del espacio tienen décadas y reconocerse sus antecedentes antes de plantear su erradicación. Conversando con los vendedores es posible contrastar sus distintas versiones sobre la memoria del lugar y percibir que muchos de ellos se posicionan no sólo como pertenecientes a un núcleo comercial emblemático de la ciudad sino también como poseedores de saberes especializados.⁷ Es sintomático además que el accionar de las autoridades en la zona haya estado centrado fundamentalmente en el problema de la movilidad, que copa actualmente las discusiones sobre Lima, invisibilizando problemas graves como el conflicto entre los distintos usos del espacio público en un contexto marcado por el subempleo y la informalidad.

En este caso, la apropiación del espacio público es muy versátil. Casi parece como si las necesidades de los objetos fueran las que definen su uso, ya que la organización del entorno varía diariamente y aunque podamos identificar una estructura constante, ésta se adapta a las mercancías en circulación. El espacio exhibe una concepción polifuncional por parte de sus usuarios, pues encontramos actividades lucrativas (venta y producción de mercancías), recreativas y de socialización, lo que lo complejiza y enriquece.



Foto de: Eliana Otta

⁷ Especialmente en el caso de aquellos vinculados a la búsqueda y hallazgo de objetos antiguos. Algunos testimonios de vendedores de la zona, editados a partir de entrevistas que realicé, fueron insumo para mi exposición Asociación Baratijas (conformada por dibujos de mis “caseros”, imágenes copiadas de archivo de prensa, mapas y reproducciones de mercadería vendida al aire libre). La exhibición fue realizada en la Galería de Arte Contemporáneo 80m2 (Barranco, 2008) y aumentada para un montaje posterior en la Biblioteca de El Porvenir (La Victoria, 2009)



Foto de: Eliana Otta

Por otro lado, reta nuestras despersonalizadas y parametradas relaciones de intercambio en el espacio público, cada vez más moldeadas por dinámicas dirigidas desde el shopping mall, que populariza progresivamente sus nociones sobre el entretenimiento y lo esperable de la interacción social. Tacora se sitúa en las antípodas de la asepsia, hiper seguridad y elitismo característicos de los centros comerciales. Mientras estos desalientan la presencia de quienes no tienen la intención de consumir y prohíbe actividades comerciales no reguladas por los administradores del lugar (Vega Centeno, 2006) en este mercado reina la informalidad, consumir es opcional y la división entre lo previsto y lo imprevisto es indistinguible, incluyendo los riesgos que asumen sus visitantes de presenciar o ser víctima de algún hecho delictivo.

Si el capitalismo en su etapa actual tiene como mantra la búsqueda constante de la novedad y al centro comercial como su principal agente transmisor, Tacora invita al reuso y al mirar atrás. Si a nivel colectivo provee de materias para el reciclaje y el aprovechamiento de lo desechado, a nivel individual nos aleja del último grito de la moda, llamándonos a encontrar entre su laberíntica oferta, aquello que sólo sabe decirle algo a cada uno de nosotros en particular. Aquello que entre lo rechazado por todos, sólo a algunos nos mira hasta lograr su rescate.

El Reino de la Reutilización desafía nuestros despersonalizados hábitos de compra y venta al propiciar el regateo y el diálogo con desconocidos, el “cochineo” una vez superados los temores al explorar un territorio que no nos es familiar y quizá incluso el galanteo (aunque capítulo aparte merecen sus complejidades en relación al género y a la raza). Pueden darse

vínculos en el tiempo al establecer relaciones cordiales con “caseros” cuya mercadería pueda hacernos regresar, contradiciendo los imaginarios que abundan sobre el lugar, mencionados anteriormente. Podemos utilizar la metáfora que Kevin Lynch emplea para ciertos lugares en las ciudades que considera sus “partes traseras”, aquellas donde las cosas “no están en orden ni presentables, porque sus usos tienen esquemas de su situación y de su función. Aquí muchos objetos pasan camino a la extinción. Y precisamente por su ingenua conexión con su función y uso personal, las partes traseras son altamente expresivas.” (Lynch, 2005, 38) Son lugares que escapan al peso del poder, al intento de impresionar. Son zonas liberadas que nos eximen de la necesidad de una comunicación y una conducta calculadas, además de resultar profundamente reveladoras para nuestro conocimiento de la ciudad.

Historia de un territorio en disputa

Es simbólico que el nombre del mercado remita a un volcán que Perú perdió en la guerra con Chile: un territorio en disputa. El vocablo lo popularizó el centro de arreglo de vehículos y venta de autopartes Tacora Motors, ubicado en el jirón Tacora, que existió hasta la prolongación de la Aviación hacia Grau en los 60s.

Los vendedores siempre han trabajado en torno a la avenida Aviación, variando sus ubicaciones los domingos (días de mayor actividad comercial) en que ocupan las calles: Uchuzuma, Lluta, Alto de Alianza, Raymondí, y García Naranjo llegando a Nicolás Ayllón. Complementan su actividad ambulante vendiendo en locales que parecen fábricas o almacenes desocupados. De lunes a viernes ocupan Gamarra, García Naranjo, Raymondí, y almacenes ubicados en Lluta y Alto de la Alianza. Esos días, cruzando la Aviación hacia Nicolás Ayllón,

funcionan talleres de trabajo en fierro y madera y se vende ropa de segunda.

La zona estuvo marcada por su contigüidad a la antigua Portada de Cocharcas, ubicada en el cruce del Jr. Huánuco con la actual avenida Grau. La construcción del ferrocarril central por el Valle del Rímac discontinuó el uso del antiguo camino al centro del país por el Valle de Cieneguilla, convirtiéndose a la Portada de Cocharcas en la principal vía de salida hacia la Sierra Central. (Ponce, 1994) Resulta entonces una zona históricamente caracterizada por grandes flujos e intercambios.

Rastreando las notas periodísticas sobre el lugar, encontramos dinámicas comerciales desde fines de los 40s, pues los camiones que llegaban a descargar sus mercaderías en La Parada, paraban en Tacora Motors, en torno al cual se

aglomeraba el comercio. Según Demetrio Túpac Yupanqui (La Prensa, 1964) cuando en 1945 se construyeron los Mercados Mayorista y Minorista, los alrededores se llenaron de “basurales y viviendas precarias”. En 1950 habrían aparecido los primeros comerciantes de “baratijas” y al ver su éxito por la proximidad con el Mercado Mayorista, poco a poco se invadió lo que estaba destinado a ser la continuación de la Av. Aviación.

Al investigar el fenómeno es fundamental prestar atención a sus distintas representaciones, dependiendo de la orientación del medio periodístico. “Mercado de ingenio popular” lo llamó La Crónica, cuya ilustración explica los servicios que desde entonces brindaba: peluquería, soldadura, carpintería, mecánica, venta de autopartes, antigüedades, libros, muebles...

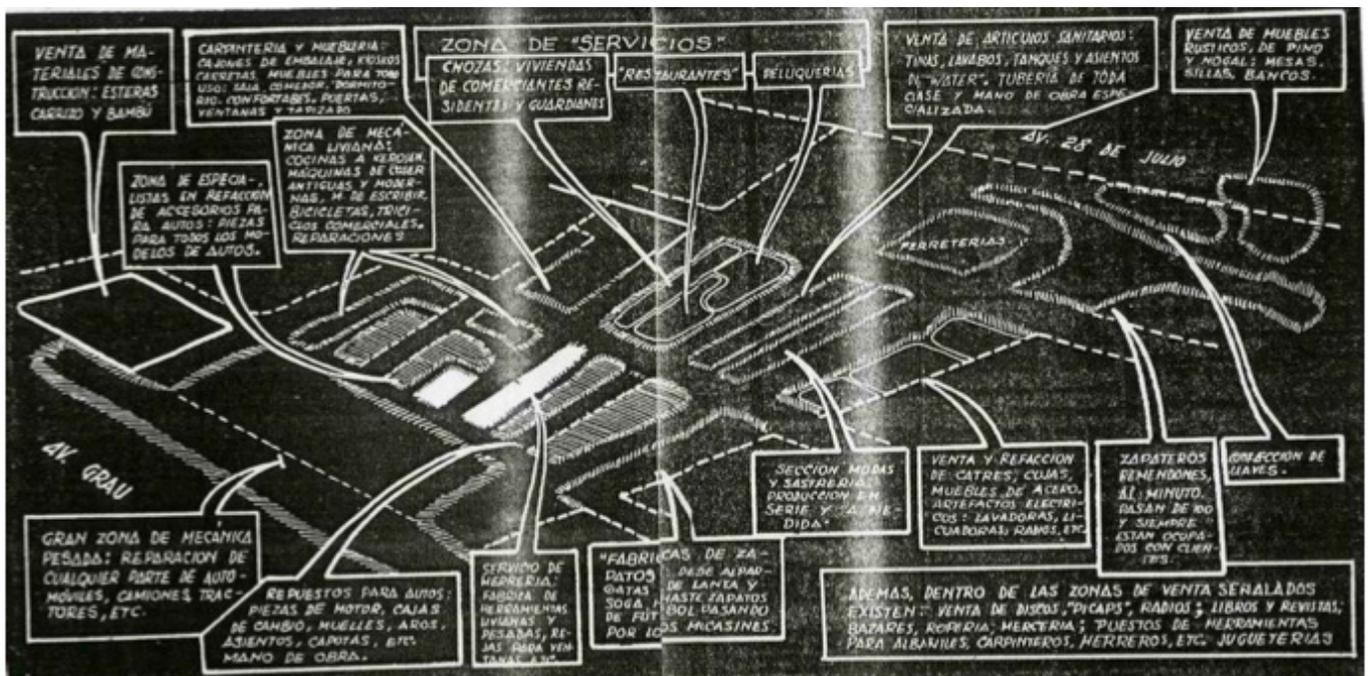
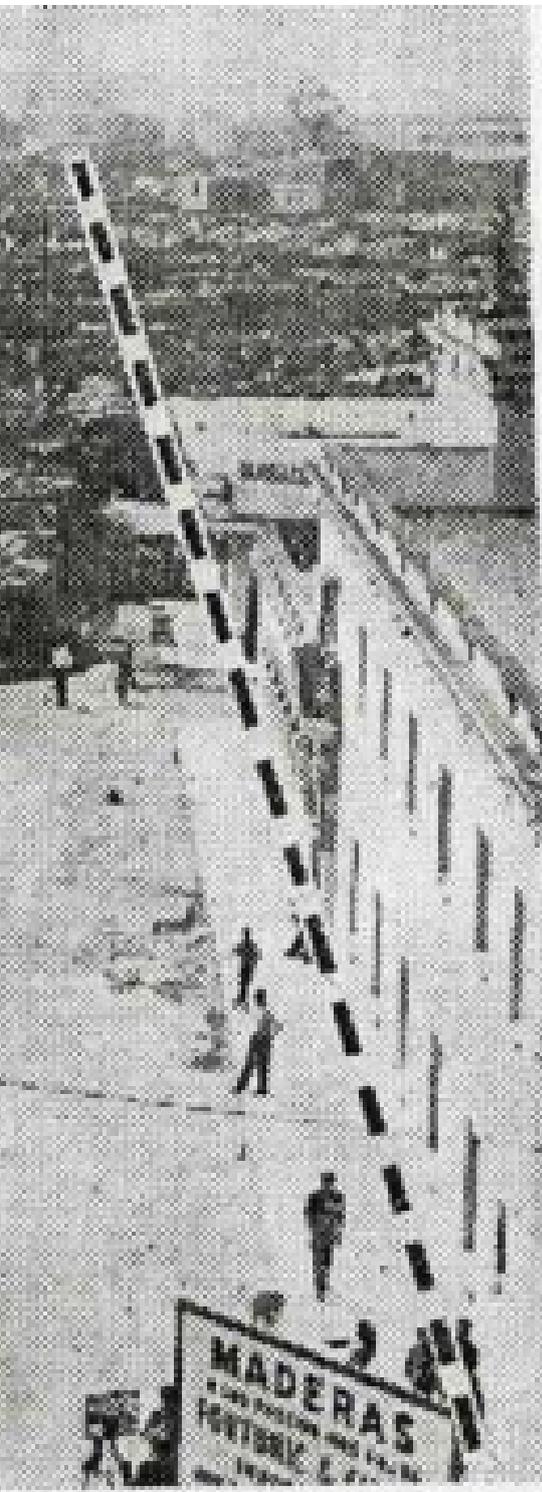


Foto de: Eliana Otta



ULTIMOS DIAS DEL "TACORA MOTORS - Las líneas punteadas indican la amplitud del tramo de la Av. de la Aviación que será reconstruido en la zona que ahora ocupan las tiendas improvisadas del "Tacora Motors", sindicado como nido de reducidos de autos robados.



Incluso hubo en los 60s un zoológico propiedad de un comerciante, conocido por haber acogido a un domador extranjero, a una elefante del zoológico de Barranco y por la fuga de un puma que asustó niños y causó revuelo mediático.⁸ Ya entonces las autoridades buscaban erradicar la informalidad en la zona, sindicada como peligrosa e insalubre. En 1961, “La Prensa” anuncia su fin, pero titulares semejantes se repetirían intermitentemente durante las décadas posteriores.

Los infructuosos intentos de desalojo recurrieron incluso a incendios, como el de 1964, que dejó cerca de 2000 damnificados y que algunos atribuyeron al entonces alcalde Luis Bedoya. Las familias perjudicadas fueron trasladadas por el gobierno a Pamplona, lo que muestra que la historia de este mercado se entrecruza con complejas dinámicas de urbanización de Lima, como la formación de asentamientos humanos y el crecimiento de la ciudad en condiciones precarias.

Esta breve cronología resume una larga historia de negociaciones, desalojos, apropiaciones y disputas por el uso del espacio público:⁹

1962: Comerciantes negocian con la Municipalidad de Lima posibilidad de mudarse a la Carretera Central, mientras la alcaldía intenta desalojarlos. (La Prensa 1962)

1964: Algunos comerciantes desalojados se mudan a San Jacinto, originando un nuevo centro especializado en mecánica y venta de autopartes. (El Comercio, 1964)

1965: Otros comerciantes del rubro se dirigen a El Agustino pero Tacora resurge en Aviación diversificando su oferta. (El Comercio, 1965)

70s: Todavía activos, fundan el Sindicato Unico de Trabajadores de las Cuadras 1, 2 y 3 de Aviación para organizar su limpieza, vigilancia y un plan de mudanza. (La Crónica, 1979)

1980: Incendio. (Expreso 1980)

1988: Asociación Campo Ferial “Las Maravillas” participa del 1er Encuentro de Organizaciones Informales de Lima y Callao. (La República 1988)

1993: Incendio. (Ojo 1993)

1998: Desalojo “exitoso” durante gestión de Alberto Andrade. (El Sol 1980)

2000: Retornan a la Av. Aviación. (El Comercio 2000)

2006: Alcalde Carlos Castañeda despeja la avenida Aviación para permitir el tránsito vehicular. (La República 2006)

Desde entonces los vendedores continúan adaptándose a los cambios alrededor. El entorno sigue transformándose, primero con la construcción de la Vía Expresa de Grau y luego con la estación Grau del Tren Eléctrico. Sus torres de concreto y la promesa de modernidad que encarna contrastan enormemente con la precariedad de lo que se comercia debajo suyo.

Viendo esta larga historia de trabajo a espaldas de la ley y de las simpatías del imaginario colectivo,

⁵ Como lo informaron el diario Expreso: “Anclado en Tacora famoso domador” (16/11/61) y “Mary” la buscaban erradicar la informalidad en la zona, sindicada como peligrosa e insalubre. En 1961, “La Prensa” anuncia su fin, pero titulares semejantes se repetirían intermitentemente durante las décadas posteriores.

⁹ Realizada en base a algunas de las noticias más importantes entre la década del 60 y los 2000.

podemos considerar Tacora un “agujero negro” (Castells, 2000): un área marginal en la que no se desarrollan actividades de alto valor añadido, otro de aquellos espacios “situados “por debajo” de las redes nodales que organizan la metrópoli, espacios subordinados y habitualmente ignorados, pero existentes sobre todo para un volumen importante de la población al margen de las dinámicas emergentes de la ciudad”. (Avellaneda, 2008, 35) Pero si bien esta figura resulta útil, es importante preguntar qué tan aislado está este fenómeno de otras dinámicas económicas y sociales en Lima.

Actores, comunidades y redes de reutilización

Este Reino de la Reutilización es un espacio que conecta distintos actores: recuperadores (buceadores, ropavejeros, botelleros, cachivacheros) carretilleros, tricicleros, vendedores, recicladores (segregadores y limpiadores de desechos para su venta posterior). Todos pertenecientes a la base de la pirámide que conformarían los sistemas de recuperación, en la cual se encuentran “miles de recuperadores que suministran los desechos a un grupo más reducido de acopiadores, quienes a su vez abastecen a diversos tipos de industrias que van desde lo artesanal hasta los grandes establecimientos. Esta es también una pirámide socioeconómica en la que los pequeños recuperadores logran sobrevivir con sus actividades, mientras los que cuentan con almacenes y camiones lucran a su costa y los industriales obtienen insumos a bajo costo.” (Riofrío y Callirgos, 1994, 101)

Lamentablemente estas actividades son insuficientemente investigadas y no hay estadísticas precisas. Existen rastreos de las conexiones entre el recojo en las calles y las medianas y grandes empresas formales del país, sobre todo en los casos de los desechos más importantes como papeles y cartones, vidrios, plásticos, botellas enteras y ropa usada. Un estudio reciente afirma que WIEGO (Women in Informal Employment: Globalizing and Organizing) ubica “en 17 mil 600 la cifra de personas dedicadas al reciclaje en Lima Metropolitana” y que existen registrados más de 2 mil recicladores solo para el Cercado. (Riofrío y Cabrera, 2012, 33)

Aunque no hay cifras oficiales sobre Tacora, dichos datos eviden-

cian que este mercado es una de las caras visibles de un fenómeno complejo, de una vasta red de intercambios de mercancías, saberes y mano de obra. Al recordar la conexión de Tacora con la Parada, el flujo de camiones cargados de mercadería de todas las partes del Perú, y la relación entre migración y comercio informal en nuestro contexto, es pertinente la descripción que Lynch hace de la “edad de oro de los buscadores de basura en EEUU”, comenzando el siglo 20: “la basura era una oportunidad para los emigrantes, un mercado donde se podía entrar con poco capital y sobre el que se podía construir un imperio. Se podían hacer fortunas, pero hacía falta movilidad, una selección cuidadosa, un ingenio rápido, una buena memoria y una capacidad para encontrar conexiones ocultas entre necesidades y fuentes. Se trata de un mercado libre con pocos datos sistemáticos o regulación oficial, donde se pagaban al contado y a menudo se evadían impuestos. Ninguna universidad enseña ese comercio; ninguna escuela de administración se basa en él.” (Lynch, 2005, 77)

Así también se pueden identificar diversas actitudes en los vendedores respecto a la movilidad social. Con el tiempo he visto las estrategias de aquellos especializados en antigüedades para dar valor agregado a sus productos: tratando de dejar la calles para distinguirlos de las demás mercancías, alquilando locales aledaños e incluso mudándose (aprovechando el aumento del coleccionismo, instituyeron un nuevo punto referencial en el mercado de Surquillo, donde cobran mucho más) La variedad de su oferta también vincula al espacio con actividades como producción teatral, publicitaria, artística o la investigación para ciertos archivos (fonográficos, cinematográficos)

cos, visuales), aunque estas transacciones son minoritarias.

Trascienden las posibilidades de este ensayo el determinar la variedad de redes conectadas a Tacora, pero es evidente su existencia y fecundidad, por lo que considero importante repensar la cuestión de su marginalidad. Para ello, recorro a la distinción que hace Aníbal Quijano entre aquella que corresponde a una visión dualista de la sociedad y la que él, alejándose de esa tendencia, prefiere llamar “polo marginal”. La visión dualista considera el cambio social como “modernización” de lo existente, definido a su vez como “tradicional” y asocia la pobreza con el no participar “plenamente” de la sociedad, por lo que la solución implica “integrar” a los pobres. Dicha modernización está asociada “a la empresa, a la inversión, a la producción industrial como eje de la estructura productiva; al mercado, al empleo salariable estable; a la vida urbana organizada en esos términos y predominante sobre el campo; al universalismo de la cultura urbana; al estado liberal y a la ciudadanía.” (Quijano, 1998, 65) El paso de lo “tradicional” a lo “moderno” es visto como un proceso histórico necesario y casi espontáneo, pero una parte de la sociedad desprendida de lo “tradicional” no se integra totalmente a lo “moderno”, quedando al margen. Su “resistencia al cambio” agrava el problema y empuja a la “moderna” a marginalarla, dividiendo a la sociedad en dos: “integrados” y “marginados”. Aunque esta teoría data de los 60s, es evidente que logró asentarse en el sentido co-

mún y que manifiesta su vigencia con la tibieza del actual discurso de la “inclusión”.¹⁰

La predominancia del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo del capital implicó que una proporción creciente de fuerza de trabajo individual sobrara respecto de las necesidades de trabajo asalariado del capital. Además, la heterogeneidad histórica y estructural del capitalismo, aumentaba la cantidad de trabajadores desprendiéndose de las relaciones de trabajo no salariales y buscando incorporarse a las relaciones salariales. Quijano propuso que esta mano de obra sobrante conformaba un “polo marginal” en la economía: “un conjunto de ocupaciones o actividades establecidas en torno del uso de recursos residuales de producción; que se estructuran como relaciones sociales de modo precario e inestable; que generan ingresos reducidos, inestables y de incompleta configuración respecto del “salario” o de la “ganancia”; que producen bienes y/o servicios para un mercado constituido por la propia población de trabajadores marginalizados. En suma, el nivel más dominado de la estructura de poder del capital.” (Quijano, 1998, 70)

Lo crucial es que esta “marginalización” implica un mecanismo de relaciones entre trabajo y capital, no algo que ocurre “fuera” del capital, del poder o de la sociedad. Más bien señala “un conjunto de actividades económicas, una red de roles y relaciones sociales, un nivel de recursos y productividad, una relación y un lugar dentro del

poder capitalista, no un mundo aparte de él, ni un “sector” frente a otro.” (Quijano, 1998, 72) Esta distinción es importante para aproximarnos a situaciones concretas del contexto y al analizar Tacora, alejarnos de las representaciones estereotípicas que la posicionan “al margen” o “fuera de”.

Ubicar este “polo marginal” dentro de una totalidad diversa, heterogénea y contradictoria pero interrelacionada, permite un acercamiento crítico a los diagnósticos habituales sobre estas realidades, que suelen abogar por una erradicación irreflexiva. Para intentar proponer alternativas de solución será imprescindible abandonar la visión dualista de la sociedad, lo que en nuestro contexto implica desafiar el consenso de la “inclusión” y atrevernos a cuestionar las relaciones económicas y sociales dominantes.

En ese sentido es primordial reconocer que incluso el sector más regulado de la economía requiere un conjunto de empleos y actividades que usualmente no reconocemos como pertenecientes a la economía formal. Identificar estos tipos de articulaciones ayudaría a identificar cómo ciertas políticas sectoriales específicas deberían operar en conjunto, lo cual no ocurre en muchos casos. (Sassen, 2007)

¹⁰ Una vez pactada la “Hoja de Ruta”, el presidente Ollanta Humala desterró de su vocabulario y horizonte la frase que osara pronunciar cuando candidato: redistribución de la riqueza. La inclusión social se convirtió en bandera de un gobierno con mínimo gasto público y políticas sociales asistencialistas, insuficientes ante la falta de voluntad política para afrontar los problemas estructurales del país. Irónicamente, su Ministerio emblemático no es poco ambicioso: “El objetivo del MIDIS es que todos los peruanos y peruanas, sean cuales fueren el lugar en el que nacieron o en el que viven, la lengua y la cultura de sus padres, o su condición social o educativa, reciban servicios universales de calidad y tengan las mismas oportunidades de aprovechar los beneficios del crecimiento económico, construyendo el bienestar de sus familias, de sus pueblos y del país.” <http://www.peru2021.org/principal/categoria/ministerio-de-desarrollo-e-inclusion-social-midis/473/c-473> Fecha de consulta: 20/08/14

Alternativas para el Reino de la Reutilización en el siglo XXI

Tacora se sitúa en un limbo de indeterminaciones. Contrariando los esfuerzos de las autoridades, el espacio sobrevive. Los vendedores, muchas veces organizados por medio de asociaciones, han pedido repetidamente ser reconocidos y reubicados, enfatizando su composición migrante y provinciana. Su historia ejemplifica las tensiones y los intercambios entre las dinámicas económicas formales e informales, entre lo incluido y lo excluido de los procesos urbanos contemporáneos. Expresa también tensiones entre el derecho a la subsistencia de quienes trabajan ocupando el espacio público y los derechos de quienes habitan la zona, que se quejan de estigmatización e inseguridad, así como de los problemas de accesibilidad al perturbarse el tránsito.

Así, plantea importantes retos a las autoridades y a quienes deseemos analizar el fenómeno intentando enriquecer su abordaje y proponer soluciones que respeten e incorporen su historia. Reconociendo su tradición comercial y de apropiación colectiva, su uso vital del espacio público, su rol dentro del mundo de la reutilización, la supervivencia de oficios tradicionales y la convivencia de dinámicas comerciales con recreativas: ¿Podría convertirse en un mercado con condiciones mínimas de seguridad e higiene?, ¿Cómo legitimarlo sin transformarlo en algo que excluya a sus usuarios habituales?, ¿Cuál es el futuro para un espacio como este en una ciudad ávida de modernización y “progreso”?

En este contexto es útil reconocer que las lógicas derivadas del actual modelo económico – que eluden criterios como planificación o sostenibilidad – sobre los procesos de nuestras ciudades han reforzado una huella que las marca desde su fundación: la desigualdad. Sus reglas de juego no permiten una participación de la ciudadanía en igualdad de condiciones sino que afianzan una escala piramidal de beneficiarios de sus estrategias y política económica; y sus intereses no responden a desarrollar la ciudad en su conjunto sino a brindar beneficios sectorizados, que se ven reflejadas en el tejido urbano en nuevas y más intensas formas de exclusión social y espacial. (Takano y Tokeshi, 2007)

Es preciso proponer alternativas que incorporen la participación ciudadana y reconozcan los derechos de los involucrados a intervenir en la discusión y rediseño de sus actividades. Siempre se ha pretendido borrar a Tacora del mapa, expulsando a sus vendedores sin ofrecerles posibilidades de transformación o formalización, ni pensándolos en articulación con otros agentes de la cadena del reciclaje en Lima. Este acercamiento requeriría un esfuerzo que aparentemente no amerita el fenómeno al no implicar movimiento significativo de capital como la Parada o Gamarra¹¹ Sin embargo, el Plan Regional de Desarrollo Concertado de Lima reconoce la zona dentro de los principales nodos comerciales de la ciudad.

Los lineamientos del Plan enfatizan el posicionamiento de la marca ciudad y su desarrollo a través del turismo, sobre la base del patrimonio arqueológico, el intangible y la gastronomía. Esta visión de la ciudad parece dejar poco espacio para sus “partes traseras”, salvo que pasen por una radical transformación. Tratándose de un espacio basado en una economía de subsistencia, será un reto mayor el ajustarlo a regulaciones que le permitan adaptarse a los cambios que se desean para la ciudad. Es importante evitar transformar el mercado en algo que excluya a sus actuales usuarios, ya que una posible alternativa sería promover un “remozamiento” que expulse a sus proveedores y vendedores más precarios. En ese sentido debemos preguntarnos en qué medida el objetivo de desarrollar Lima a través del turismo pueda ocasionar que sus cambios se piensen en función de satisfacer necesidades y estilos foráneos, gustar “al de afuera” más que “al de adentro”.

Al viajar por países vecinos, encontramos mercados de pulgas que por haberse refinado y elitizado, no alcanzan la variedad y complejidad de Tacora. Un proceso interesante es el experimentado por el mercado Encants en Barcelona. Su aspecto tradicional no era muy distinto al de Tacora a lo largo de su historia, hasta que su infraestructura cambió drásticamente. El nuevo local del mercado, inaugurado el 2013, exhibe

¹¹ Mientras termino este texto, la Municipalidad de Lima inició la reubicación de los vendedores normalmente ubicados en Gamarra y Huánuco, en las cuadras ubicadas entre 28 de julio y Grau. Se intenta organizarlos en campos feriales aledaños, evitando que ocupen el espacio público, atendiendo pedidos de los vecinos. Esas calles tienen muchos más espacios habitados que el área en dirección de Nicolás Ayllón, donde abundan los talleres, galpones y espacios fabriles abandonados que los comerciantes alquilan. La Gerente de Desarrollo Económico Carmen Vildoso, afirma que se busca mantener las actividades cuyos rubros no sean incompatibles con el uso de vivienda, predominante en dicho espacio, así como “contribuir para transparentar la cadena que vincula a los recicladores con las empresas grandes que les compran lo que recolectan.” (conversación personal vía correo electrónico 21/08/14) Sin embargo, llama la atención el conservadurismo con el que la alcaldesa alabó la operación de desalojo de los comerciantes, sumándose a la estigmatización previamente mencionada. “Villarán: Desalojo en Manzanilla fue rescate ambiental y del delito”: http://www.rpp.com.pe/2014-06-09-villaran-desalojo-en-manzanilla-fue-rescate-ambiental-y-del-delito-noticia_698621.html Fecha de consulta: 26/08/14

una arquitectura sofisticada donde convive el comercio de segunda mano con cosas nuevas, restaurantes y servicios en aumento, orientándose más al turismo, acorde con la identidad de Barcelona. Si bien es muy difícil imaginar un proceso similar para Tacora, considerando que dicha ciudad es un referente para un sector importante de quienes planifican y rediseñan Lima, habría que preguntarse cómo pensar en su transformación sin despojarla de sus particularidades, que parecen irse quedando sin cabida en las ciudades soñadas por las mayorías.

Cierto sentido común prefiere eliminar los rastros de pasados excluidos hoy de los estándares internacionales del progreso. Así, antes de perdernos en la carrera por actualizar Lima y estar a la par de las economías globales, deben considerarse los posibles engranajes con sectores que complejizan su historia, atendiendo a su capacidad de enriquecer nuestros procesos de cambio y evitando aumentar la desigualdad imperante. Reconociendo que vivimos en una sociedad donde la conexión que prima entre grupos poblaciones con la gubernamentalidad se da a través de las políticas de bienestar, es útil recurrir a la noción que Partha Chatterjee denomina "sociedad política".

Este concepto se refiere a la manera en que ciertos grupos organizados suelen transgredir la legalidad para mejorar sus condiciones de vida y al interactuar con ellos, las autoridades lo hacen en tanto instrumentos funcionales para la administración de sus políticas dirigidas a los excluidos. Los grupos que conforman la "sociedad política" son conscientes de



Foto de: Eliana Otta

que sus actividades muchas veces son ilegales y contrarias al buen comportamiento cívico, pero enfatizan sus demandas de acceso a la vivienda y a formas de ganarse la vida, señalando que se trata de una cuestión “de derechos.” Por ello, sí están dispuestos a abandonar sus prácticas ilegales si se les ofrecen alternativas mejores, pero sus reivindicaciones no pueden ser reconocidas como legítimas pues incentivarían maneras ilegales de actuar. Es así que encontramos que “los grupos de población que actúan en la sociedad política están obligados a encontrar su camino a través de ese terreno irregular, construyendo redes de conexiones fuera del grupo, con otros grupos de población en situaciones similares, con grupos más privilegiados e influyentes, con funcionarios gubernamentales, quizá con partidos o líderes políticos concretos” (Chatterjee, 2007, 191), por lo que suelen desarrollar un uso instrumental del voto, que viene a ser la cara real de la política democrática. ¿Cómo renovar canales de comunicación en confianza con los sectores dedicados al comercio informal dispuestos a colaborar con políticas públicas que sí tomen en cuenta sus demandas?

Pensando los cambios deseables para Lima en relación a Tacora, es imprescindible revisar sus antecedentes, sus iniciativas organizativas y las necesidades de los involucrados, buscando encarar la situación de modo flexible. Si las autoridades enmarcaran el fenómeno en la problemática de la gestión de residuos en nuestras ciudades, sería posible considerar soluciones a partir de experiencias en otros contextos que vienen trabajando el tema, con la particularidad de contar con este espacio como laboratorio para la creación de un posible mercado alternati-

vo que no tenga que decidir entre desaparecer o elitizarse.

Concluyendo, considero pertinente citar a Riofrío y Cabrera, cuando respecto a la situación de las recicladoras en Lima afirman que “se ha entendido por formalización al proceso de convertir en legal una actividad que se ha desarrollado y consolidado sin regulaciones. Sin embargo, legal e informal no son conceptos antónimos. Si bien lo informal se sitúa fuera de las normas o convenciones existentes, más que ilegal se trata de algo no reglamentado, contrario o deficientemente considerado en el ordenamiento existente.” (Riofrío y Cabrera, 2012, 105)

Tacora es una parte de la historia de Lima que expresa las contradicciones y tensiones entre las distintas modernidades que en ella conviven. Pero además, constituye una posibilidad para repensar la normatividad existente y complejizar nuestro acercamiento a fenómenos como este, que demuestran desbordar los enfoques simplistas con los que han sido afrontados y nos retan a imaginar otra vida posible en colectividad, en un contexto marcado por la heterogeneidad y la desigualdad. ●



Bibliografía

AVELLANEDA, Paul

2008 "Ciudad popular, organización funcional y movilidad". Cuadernos de Arquitectura y Ciudad. Lima, número 10

LYNCH, Kevin

2005 "Echar a perder. Un análisis del deterioro." Barcelona: Gustavo Gili.

PATCH, Richard W

1973 "La Parada. Estudio de un mundo alucinante". Lima: Mosca Azul Ed. PONCE, Ramón.

1994 "Gamarra: Formación, estructura y perspectivas". Fundación Friedrich Ebert, Lima.

RIOFRIO, Gustavo; Olivera, Luis; Callirgos, Juan Carlos.

1994 ¿Basura o desechos? El destino de lo que botamos en Lima. Lima: Desco.

RIOFRIO, Gustavo; Cabrera, Teresa.

2012 Trabajadoras por la ciudad. Aportes de las mujeres a la gestión de residuos sólidos en América Latina. Lima: Desco.

QUIJANO, Aníbal.

1998. "La economía popular y sus caminos en América Latina". Lima: Mosca Azul editores.

SABATINI, Francisco

2003 "La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina". Santiago de Chile: Banco Interamericano de Desarrollo.

SASSEN, Saskia.

2007 "El reposicionamiento de las ciudades y regiones urbanas en una economía global: ampliando las opciones de políticas y gobernanza." Revista Eure. Santiago de Chile. Volumen XXXIII, número 100

TAKANO, Guillermo y Juan TOKESHI

2007 "Espacio público en la ciudad popular: reflexiones desde el Sur". Estudios Urbanos. Lima, número 3

TUPAC YUPANQUI, Demetrio

1964 "Tacora Motor" fue la antigua "Parada". La Prensa. Lima. 12 de enero. 5.

VEGA CENTENO, Pablo

2006 "El espacio público: la movilidad y revaloración de la ciudad". Cuadernos de Arquitectura y Ciudad. Lima, número 3

Diarios La Crónica, La Prensa, El Comercio, El Sol, La República, Ojo.

Plan Regional de Desarrollo Concertado de Lima. <http://www.planlima.gob.pe/>